

Fe y Cultura: Paradigmas paulinos En Atenas: El Dios no conocido

(1 de 2)

Dr. Justo L. González



Universidad Interamericano
Puerto Rico

Fe y Cultura: Paradigmas paulinos
En Atenas: El Dios no conocido
(1 de 2)

El tema que nos ocupa, la enseñanza de la religión a nivel universitario hace referencia necesaria a otro, más amplio, pero no menos urgente: el de la relación entre la cultura y la fe cristiana. Como entrada a este tema, quisiera llamar la atención de ustedes a un episodio que nos cuentan las Escrituras, y que puede servirnos de paradigma al abordar este tema. Se trata del discurso de Pablo en Atenas.

La historia es bien conocida, y ha sido utilizada frecuentemente por quienes se interesan en este asunto de la relación entre la fe y la cultura. Se encuentra en el capítulo 17 de Hechos, y conviene que destaquemos en ella algunos puntos que frecuentemente se olvidan.

En primer lugar, según la narración de Hechos, y por mucho que nos sorprenda, Pablo no fue a Atenas en son de misionero. Lo que sucedió fue sencillamente que, mientras estaba predicando en Berea, algunos enemigos que se había hecho en Tesalónica fueron allá, y empezaron a alborotar a las multitudes contra Pablo y sus acompañantes. Viendo que la vida del Apóstol peligraba, los cristianos de la ciudad le hicieron huir a Atenas. Pero Silas y Timoteo, quienes acompañaban a Pablo, no pudieron huir al mismo tiempo. Y por ello ahora el Apóstol les está esperando en Atenas, para entonces proseguir juntos hasta Corinto.

Es importante señalar esto, porque frecuentemente se dice que la razón por la que tenemos que estar presentes como cristianos en las aulas universitarias es que, como Pablo, tenemos que dar testimonio en los centros mismos de la vida intelectual. Esto bien puede ser cierto. Pero pensar que Pablo fue a Atenas como parte de una gran estrategia evangelizadora, para dirigirse al centro de la vida intelectual de su época, es añadirle a la narración de Hechos elementos que no se encuentran en ella. Pablo no estaba en Atenas para predicar, sino sencillamente para esperar a que se le reunieran sus acompañantes. (De paso, un argumento parecido se usa con respecto a Roma, diciendo que, de igual manera que Pablo se dirigió a la capital del Imperio para evangelizar el centro de poder, así también nosotros hoy debemos dirigirnos a los centros de poder, para a través de ellos evangelizar toda la sociedad. Esto puede ser cierto o no. Pero lo que sí está claro es que Pablo fue a Roma, no como parte de una gran estrategia misionera, sino como prisionero. Ni en el caso de Atenas, centro de prestigio intelectual, ni en el caso de Roma, centro de poder político, la visita de Pablo se debió a consideraciones estratégicas. Pablo fue a Atenas huyendo de sus enemigos, y con el solo propósito de esperar a sus acompañantes. Y fue a Roma en cadenas, porque había apelado al César.)

En todo caso, el texto nos dice que "mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría." No es difícil imaginar esto. Basta con recordar los muchos templos y monumentos religiosos que existían en la ciudad, y de los cuales las ruinas que todavía subsisten no son más que un lejano destello. En lo de la ciudad,

dominándolo todo desde la Acrópolis, se encontraba el famoso templo a la diosa virgen, Atenas, cuya enorme estatua de 12 metros de alto, revestida con más de una tonelada de oro, era el orgullo y centro de la ciudad. Rodeando al Partenón, otros templos de menor tamaño, pero de igual esplendor, le rendían culto a Atenas en varias de sus diversas manifestaciones.

En Hechos 17:17, se nos dice que Pablo discutía "en la plaza cada día con los que concurrían." Si esta plaza o "agora" era la antigua agora griega, o el nuevo mercado romano, entonces en construcción, no está claro. Pero fuera un lugar u otro, el hecho es que, desde cualquiera de los dos, mirando hacia el sur, Pablo tendría en frente todos estos templos de la Acrópolis, a su derecha otro grupo de templos, dominados por el famoso Teseo, casi tan grande como el Partenón. Y a su izquierda, algo más lejos, vería las altas columnas del templo de Zeus Olímpico, que se había empezado a construir 600 años antes, y todavía demoraría otro siglo antes de completarse.

AETH

A pesar de todo este esplendor, Atenas había visto mejores días. De hecho, en el período romano Grecia era una de las provincias más empobrecidas en todo el Imperio. Luego, con una población disminuida, pero todavía rodeada de tan esplendentes templos, no ha de sorprendernos el que, como dice Hechos, el espíritu de Pablo se enardeciera "viendo la ciudad entregada a la idolatría."

Hechos también nos indica algo del ambiente intelectual de Atenas. Nos dice, por ejemplo, que "algunos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él". Con ello, se describe muy bien ese ambiente intelectual, tal como lo conocemos por otras fuentes. Resulta interesante notar, por ejemplo, que Hechos no menciona la más famosa de las escuelas de Atenas, la Academia, cuya gran lumbrera había sido Platón, y que continuaría existiendo en Atenas hasta que fue clausurada por el emperador Justiniano en el año 529. Pero lo cierto es que, en la época en que Pablo visitó Atenas, las dos escuelas que se disputaban la supremacía eran en efecto las dos que Hechos menciona, los estoicos y los epicúreos. La vieja Academia, con todo y ser la más antigua de las escuelas de la ciudad, había quedado eclipsada, al menos por el momento, y sus más famosos maestros eran escépticos que no tenían gran cosa que contribuir al diálogo filosófico.

Por otra parte, lo que sí está claro en el libro de Hechos es que había en Atenas una gran curiosidad intelectual. En las palabras de ese libro: "todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo". Es esa curiosidad intelectual lo que les lleva a pedirle a Pablo que les diga qué nueva enseñanza es esta de que está hablando.

Al mismo tiempo, sin embargo, esa curiosidad tiene bastante de sentido de superioridad. Están interesados en oír lo que dice Pablo, en parte porque quizá valga la pena, y en parte sencillamente porque es algo nuevo y distinto. Cuando en Hechos 17:18 algunos de estos

filósofos atenienses se preguntan acerca de las enseñanzas de Pablo, nuestra Biblia castellana de más corriente uso dice: ¿Qué querrá decir este palabrero?". Pues bien, el término que se traduce aquí traduce por "palabrero", *spermatólogos*, originalmente se aplicaba a los pájaros que andan escarbando de un lugar a otro en busca de semillas. Luego pasó a aplicarse a quienes andan buscando trapos y otros artículos en medio de los basureros. Y por último vino a usarse en el sentido de "diletante" o de "charlatán". Un *spermatólogos*, como el pájaro que escarba o como quien busca trapos en los montones de basura, es un diletante que va buscando palabras e ideas altisonantes por acá y por allá, para luego juntarlas sin espíritu crítico, y sin de veras entender mucho de lo que dice.

En cierto modo, entonces, el auditorio de Pablo en Atenas se parecía bastante, tanto en lo positivo como en lo negativo, al ambiente de nuestras universidades de hoy. Algo que Hechos no dice, pero que resulta claro para quien conozca la historia intelectual de la época, es que Atenas no era ya el centro de la actividad filosófica e intelectual del mundo mediterráneo, sino que ese puesto había pasado ahora a Alejandría. Ciertamente, el propósito del estudio y de la investigación es descubrir lo que hasta entonces era desconocido, y por tanto hay cierto sentido en que el interés por lo nuevo se justifica. Pero lo que sucedía en Atenas, y sucede hoy en muchos centros de estudio, era que, aun cuando los estudios y discusiones verdaderamente originales no estaba ya teniendo lugar en Atenas, se le seguía dando especial valor a lo novedoso, como si lo nuevo, por el solo hecho de serlo resultara mejor o más interesante.

Entre nosotros también se le presta especial interés, y se le concede especial valor, a lo nuevo, a lo que no se ha dicho antes. En cierto sentido, esto se encuentra en el corazón mismo de la idea de la universidad como centro de investigaciones. El propósito de la investigación es descubrir lo que no se sabía antes. Cuando yo estaba haciendo mi tesis doctoral, por ejemplo, uno de los criterios fundamentales para juzgar la aceptabilidad de tal tesis era: ¿Contribuye esta tesis algo original, que no se ha dicho anteriormente en este campo de estudios? Y cuando, años más tarde, se me evaluaba para concederme la permanencia en la universidad en que entonces enseñaba, una de las principales preguntas que se les hacían a mis colegas que debían evaluarme era: ¿Hasta qué punto sus libros, artículos y otras publicaciones abren nuevas brechas en su campo de investigación?

Esta idea de que lo nuevo es necesariamente superior a lo antiguo, que muchas veces le atribuimos a la edad moderna como característica distintiva de la modernidad, se encontraba ya bastante arraigada en la Atenas del siglo primero, según nos la pinta el libro de Hechos. Pero también en el siglo primero, al igual que en el nuestro, junto a unos pocos pensadores verdaderamente originales, había docenas que buscaban lo novedoso como si la novedad en sí misma fuera una virtud. Y también entonces, como hoy, existían ciertos cánones respecto a lo que era intelectualmente respetable y lo que no lo era, y es por ello que estos estoicos y epicúreos, líderes de la vida intelectual de la ciudad, llaman a Pablo "palabrero".

Le llevan al Areópago, una colina que se encuentra al lado oeste de la Acrópolis, y al sur de la *agora*. En otras palabras, que Pablo, al hablar, si mira hacia arriba en una dirección verá los templos de la Acrópolis, y si mira hacia abajo en la otra verá los que rodean la *agora*. No es difícil imaginar lo que sentiría Pablo, como buen judío y como buen cristiano, en aquella situación, rodeado de templos paganos. Como nos lo cuenta el libro de Hechos, "su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría".

Es en ese contexto y esa situación que Pablo empieza su discurso con palabras que nos sorprenden: "Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: 'Al Dios no conocido'. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio."

Cosa rara y sorprendente. Pablo sabe que los atenienses son idólatras. Desde allí mismo, en la colina del Areópago, pueden verse varios templos paganos. Pablo sabe que Dios aborrece la idolatría. Y, sin embargo, en lugar de comenzar con un ataque a la idolatría, comienza afirmando la religiosidad de los atenienses, y hasta diciéndoles que ya ellos, aun sin saberlo, adoran al Dios a quien él les anuncia. Más adelante se hará eco de las enseñanzas de los mejores filósofos griegos, enseñanzas que se remontan a Jenófanes y al siglo VI a.C., al declarar que este Dios hacedor de todo cuanto hay "no habita en templos hechos de manos humanas, ni es honrado por manos humanas, como si necesitase de algo." Y dirá también que

"no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación humana."

Pero antes de pronunciar esas palabras de crítica a la idolatría, Pablo les declara a los atenienses una palabra de afirmación: "Al que vosotros adoráis sin conocerle, ese es el mismo Dios a quien yo os anuncio."

En otras palabras, que, según Pablo, aun en medio de toda la idolatría de los atenienses, y aun allí, en aquella colina entre el Partenón a un lado y el Teseo al otro, los atenienses, hasta sin saberlo, están adorando al Dios verdadero.

Esto no quiere decir que la religión de los atenienses sea correcta, o que su culto sea adecuado, o que no necesiten el mensaje de Pablo. Más adelante Pablo se encargará de establecer todo esto bien claro. Pero por lo pronto el punto de partida es que los atenienses, sin saberlo, adoran al Dios verdadero.

¿Cómo es posible que Pablo, educado en los más estrictos círculos de los fariseos, y ahora apóstol de Jesucristo, pueda decir tal cosa? ¿No es esto una negación del monoteísmo, doctrina absolutamente central tanto del judaísmo como del cristianismo?

A primera vista podría parecer tal. Y ciertamente hay muchos cristianos en el día de hoy que piensan que proclamar a Cristo es lo mismo que acusar a todos los demás de idolatría.

Pero lo cierto es que la razón por la que Pablo puede afirmar tal cosa no es que vacile en su monoteísmo, sino todo lo contrario. Su afirmación se basa en el más radical de los monoteísmos. Más adelante en este mismo discurso citará al poeta Epiménides de Creta, diciendo "Porque en él vivimos, y nos movemos, y tenemos nuestro ser."

Porque hay únicamente un Dios, y es en ese único Dios que vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser, todo cuanto existe es en cierto modo reflejo de ese Dios. Para el monoteísmo radical, no puede haber tal cosa como un verdadero conflicto entre los dioses. De hecho, en esto radica una de las diferencias esenciales entre el monoteísmo judaico-cristiano y el politeísmo pagano: en el politeísmo pagano, hay diferentes dioses, cada cual con su esfera de influencia; y cuando esas esferas de influencia se entrecruzan, se producen conflictos de magnitud épica, como puede verse en las primeras estrofas de la Iliada. En el monoteísmo radical, solamente hay un Dios. Si hay fuerzas que se le oponen, que le ocultan, o que se interponen a sus designios, tales fuerzas existen únicamente por la gracia y longanimidad del Dios único.

Pablo está convencido de que hay un solo Dios, y es por ello que su espíritu se enardece al ver a la ciudad de Atenas entregada a la idolatría. Pero al mismo tiempo, y por extraño que parezca, es precisamente a base de esa convicción monoteísta que Pablo puede hablarles a los atenienses sin comenzar atacando a los dioses. A la sombra misma del Partenón, Pablo puede

decirles a los atenienses que el Dios a quien él les anuncia no es otro que el Dios que ellos ya han estado adorando, aun sin saberlo. Naturalmente, más adelante les hará saber también que ese Dios es muy distinto a los dioses hechos por manos humanas. Porque hay un solo Dios, y Pablo está profundamente convencido de ello, el corazón del mensaje no consiste en atacar a los falsos dioses. Por ser falsos, esos dioses han de caer por su propio peso.

Y, dicho sea de paso, la contraparte de esto también es cierta. Hay cierto tipo de cristianismo, muy difundido en nuestros medios, que insiste tanto en el conflicto entre el Dios verdadero y los ídolos, que casi parece dar a entender que los ídolos tienen existencia y poder propios. Esto se entiende, pues la negación de los ídolos y del servicio a ellos es elemento esencial de la fe bíblica. Pero cuando esa negación lleva al punto de dar a entender que hay una verdadera lucha de los dioses, al estilo de la Ilíada, por muy monoteístas que pretendamos ser, hemos dado en una forma velada de paganismo.

¿Qué tiene que ver todo esto con el tema que nos ocupa? Mucho. Porque al plantearnos la cuestión de la relación entre fe y cultura, o entre fe cristiana y universidad, el monoteísmo radical nos lleva a conclusiones muy diferentes de las que los cristianos frecuentemente hemos adoptado. Si en cierto sentido los atenienses, aún sin saberlo, y en medio de toda su idolatría, adoran ya al Dios verdadero, la tarea de Pablo no consiste, como muchas veces nos imaginamos, en llevar a Dios hasta Atenas. Su tarea consiste más bien en descubrir y mostrar

cómo Dios está actuando ya en Atenas, y luego en relacionar esa acción de Dios con los hechos portentosos que son el centro del Evangelio: la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

Usemos otra imagen, tomada de otro pasaje del Nuevo Testamento. Al principio del Cuarto Evangelio, se nos dice que en el principio era el Verbo, y que ese Verbo es la luz que alumbra a toda persona que viene a este mundo. Más adelante en el mismo capítulo se nos dice que ese Verbo se hizo carne en Jesucristo. Pero antes de llegar a ese punto, ya sabemos que doquiera haya luz, y verdad, y gracia, y amor, ello será obra y manifestación del mismo Verbo que conocemos en Jesucristo.

Desde fecha muy temprana la iglesia cristiana interpretó este pasaje en el sentido de que lo que los filósofos de la antigüedad supieron, lo supieron gracias a ese mismo Verbo de Dios que se nos ha dado a conocer en Jesucristo.

Cuando surgieron las universidades modernas, en los siglos XII y XIII, lo que se encontraba al centro mismo de la idea de la universidad era esta visión de la verdad única, que procede del mismo Dios doquiera se encuentre. Si hay verdad o belleza en la geometría, o en la zoología, o en la música, o en la teología, esa verdad y belleza vienen de la misma fuente: el Dios único a quien los atenienses adoraban aun sin conocerlo.

Para el cristiano, esto le añade a la misión un sentido que frecuentemente olvidamos, pero que es esencial. La misión no consiste solamente en dar a conocer la verdad de Dios, sino también en descubrir la verdad de Dios a dondequiera que vayamos. La misión de Pablo en Atenas consiste en dar a conocer lo que Dios ha hecho en Jesucristo, sí; pero consiste también en reconocer que, aun en medio de su ignorancia, y sin verdaderamente conocerle, ya en cierto sentido los atenienses adoran al mismo Dios a quien él les predica.

O tomemos otro texto bíblico: la famosa "Gran Comisión" de Mateo 28, donde Jesús les dice a sus discípulos: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." No cabe duda de que aquí Jesús les dice a sus discípulos que han de llevar su mensaje por todo el mundo. Esto es muy importante, y ha sido la base del movimiento misionero a través de los siglos. Pero lo que frecuentemente olvidamos es la otra dimensión de este pasaje: Jesús les dice a los discípulos, no que vayan y le hagan Señor de todo el mundo y de todas las naciones, sino que ya él es Señor de todos: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id..." La razón de ir no es hacer que la potestad de Jesús aumente, o que su señorío se engrandezca. Ya eso ha sido hecho. La razón de ir es que esa potestad ya existe. "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra." Y es precisamente en base a esa potestad ya dada que hemos de ir: "Por tanto, id." El misionero no va únicamente para dar a conocer a Jesucristo. Va también para descubrirle ya actuando en

todos esos otros lugares, hasta el fin del mundo. Y, según le descubre, no solamente enseña acerca de Jesucristo, sino que también aprende algo acerca de él y del modo en que se ejerce su potestad.

Pablo no llegó a Atenas con el propósito de convertirla, ni tampoco a base de una gran estrategia misionera. De igual modo, por extraño que parezca, me atrevo a decir que la razón primera por la que los cristianos hemos de llegar a la Universidad no es para convertirla, ni por razón de una estrategia misionera. Es importante señalar esto, porque en los anales de las fundaciones de muchas universidades cristianas encontramos el sueño de que de algún modo las élites que se eduquen en ellas llegarán a influir sobre la sociedad, y de ese modo se difundirá el cristianismo. Hay agencias cristianas que se dedican a penetrar las universidades, y que recogen fuertes sumas de dinero argumentando que, mediante la conversión de las élites universitarias, lograrán impactar al resto de la sociedad. Por muchas razones que quizá podamos explicar en nuestra conversación más adelante, me parece que tal no es una concepción adecuada. No estamos en la Universidad primeramente por estrategia misionera, ni para convertirla. Estamos en la Universidad porque es una institución humana, porque nada humano nos es ajeno, y porque somos parte de toda una humanidad y una sociedad en la que la universidad tiene su lugar. En otras palabras, que hemos llegado al ambiente universitario de mil maneras distintas, y no necesariamente como misioneros o como "convertidores" profesionales. (Si esta universidad es como otras que he conocido, es hasta posible que algunos hayamos llegado a ella como Pablo llegó a Atenas, huyendo de situaciones difíciles,

pues el ambiente universitario por largo tiempo ha sido buen lugar de refugio para quienes prefieren no enfrentarse a las duras realidades de la vida.)

En todo caso, una vez en este ambiente universitario, posiblemente nuestro espíritu se enardezca, como se enardecía el espíritu de Pablo al ver la idolatría de Atenas. Como cristianos, como intelectuales, y como seres humanos, veremos mucho que no será de nuestro agrado. Ciertamente, en nuestras universidades de hoy hay bastante de ese furor por lo nuevo que había en Atenas, y de que parece burlarse el libro de Hechos. Y hay también mucho de ese elitismo intelectual que llevó a los maestros estoicos y epicúreos a tratar a Pablo de "palabrero".

Pero el primer movimiento de nuestra misión en la Universidad no ha de ser el criticar esos elementos negativos, de igual modo que el primer movimiento de Pablo en Atenas no es atacar los ídolos. El primer movimiento es un movimiento de afirmación, como el de Pablo: "Pasando y mirando por vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: 'Al Dios no conocido'. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio." El primer movimiento ha de ser reconocer la presencia de Dios en medio del ambiente universitario, y ver su manifestación doquiera nos sea dada.

La razón de esto no es cuestión de estrategia. No es cuestión de ganarnos el derecho a hablar y criticar. No es cuestión de ganarnos las simpatías del ambiente universitario, para que luego

nos escuchen. Es más bien cuestión de monoteísmo radical. De igual modo que el monoteísmo radical de Pablo le impide pensar en términos de un conflicto entre los dioses, así también nuestro monoteísmo radical nos ha de impedir pensar en términos de un nuevo conflicto entre varias verdades. En fin, de cuentas, la Verdad (así, con letra mayúscula) es una sola, y doquiera encontramos verdades ello ha de deberse a que de algún modo se relacionan con la Verdad que como cristianos creemos, proclamamos y amamos.

Vayamos entonces a lo práctico. ¿Qué implica todo esto para la enseñanza de la religión en un ambiente universitario? Implica que la tarea es mucho más difícil de lo que pensábamos. No se trata únicamente de enseñar doctrina, Biblia, ética e historia de las religiones. Se trata también y sobre todo de promover una actitud y una fe que nos ayuden a ver la verdad de Dios en todos los diversos campos de estudio universitario --así como en todas las otras dimensiones de la vida, que sobrepasan los límites del ambiente universitario. Si la enseñanza de la religión es únicamente una disciplina entre otras, y nuestro interés y nuestra tarea consisten única y primordialmente en convencer a los estudiantes de que el estudio de la Biblia es tan válido como el estudio del átomo, no hemos sobrepasado el nivel de la lucha entre los dioses, al estilo de la Ilíada. No, sino que lo primero que tenemos que hacer, siguiendo el paradigma paulino, es buscar el modo de reconocer, hasta en los estudios del astrónomo más ateo, la mano y la verdad de Dios.

Sí parece haber, por otra parte, una diferencia notable entre los atenienses a quienes Pablo se dirige y nuestras universidades contemporáneas. Pablo puede decirles a los atenienses que son muy religiosos, pues hay manifestaciones de sentimientos religiosos por todas partes. Hoy, en contraste, el ambiente que parece dominar en las universidades, inclusive en las universidades de inspiración y origen religioso, es secular. En la mayoría de nuestras universidades de hoy, el cuerpo docente se mostraría harto sorprendido si alguien fuera y les dijera, como Pablo a los atenienses, "observo que sois muy religiosos". Al contrario, muchos se declararían ateos, otros agnósticos, y otros sólo nominalmente religiosos.

Pero el hecho es que existe, tras la metodología supuestamente objetiva y universal de las ciencias, toda una serie de creencias y de principios que se aceptan por fe, o al menos por razones que no son estrictamente científicas. Ya en el siglo segundo Clemente de Alejandría observaba que, en último análisis, la ciencia se basa en principios que se aceptan por fe. Y en nuestro propio siglo y nuestra propia lengua, José Ortega y Gasset ha declarado y argumentado sólidamente que la razón analítica, que frecuentemente se tiene a sí misma por universal, solamente funciona dentro de un paréntesis de racionalidad analizable entre dos extremos de irracionalidad que se aceptan por fe.

Sobre esta base, quizá parte de lo que debemos hacer en nuestros cursos de religión dentro del ambiente universitario sea decirle a la universidad, y especialmente a aquellos elementos dentro de ella que se consideran muy seculares, objetivos y científicos, "observamos que sois

muy religiosos". En otras palabras, que nuestra tarea es, en cierto sentido, no encontrarle un lugar a la religión dentro del ámbito universitario, sino mostrar que ya lo tiene, y entonces plantear la pregunta sobre qué clase de religión se ha de seguir.

Pero Pablo en su discurso no se limita a decirles a los atenienses que, puesto que son muy religiosos, y puesto que ya adoran al Dios no conocido, están haciendo todo lo que deben. Al contrario, su discurso continúa con una serie de críticas a los dioses de Atenas, y con la proclamación de ciertas doctrinas, y ello a la postre lleva a que le escuchan a burlarse de él, diciéndole que lo deje para otro día. Y nosotros también, no ya por burla, sino sencillamente por falta de tiempo, tendremos que dejar este aspecto del paradigma paulino para esta tarde.

